



Marco Bardazzi

TODO LO HE HECHO PARA SER FELIZ

ENZO PICCININI,
historia de un cirujano insólito

Marco Bardazzi

Todo lo he hecho para ser feliz

Enzo Piccinini, historia de un
cirujano insólito

Traducción de Beatriz Mel Ramírez



Título en idioma original: *Ho fatto tutto per essere felice*

© 2021 Mondadori Libri S.p.A / Rizzoli, Milan

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2022

Traducción de Beatriz Mel Ramírez

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 99

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

ISBN EPUB: 978-84-1339-427-5

Depósito Legal: M-2765-2022

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

[I. Poner el corazón](#)

[II. El Sant'Orsola](#)

[III. El piso y la cripta](#)

[IV. Tres puntos de inflexión](#)

[V. Fiebre de vida](#)

[VI. El Mass General](#)

[VII. El «método Enzo»](#)

[VIII. Don Giussani](#)

[IX. Pacientes y personas](#)

[X. Una herramienta más: la investigación](#)

[XI. Después de Enzo](#)

[XII. «Lo que he aprendido»](#)

[Agradecimientos](#)

[Índice de nombres](#)

Cuando reconocemos lo real como acontecimiento, como originado por el Misterio, se produce en nuestra vida una intensidad incomparable.

Julián Carrón, *Un brillo en los ojos*

I. PONER EL CORAZÓN

La mano derecha se separó de la mesa y fue levantándose. El pulgar extendido, la palma hacia arriba, un gesto de director de orquesta. Era difícil mantener inmóvil la otra mano, que estaba al lado del micrófono, del vaso y la botella de agua. Estaba lista para unirse al movimiento ascendente, para subrayar un punto fundamental, decisivo e ineludible.

El tono de la voz fue elevándose junto con la mano. Hablaba desde hacía media hora y ya no quedaba rastro del cansancio de los primeros minutos. En la platea apenas se oía un ruido o un movimiento entre los ciento cincuenta médicos, enfermeros y profesionales de toda clase que llenaban la sala de convenciones de la Caja de Ahorros de Cesena. También había desaparecido la irritación, consecuencia del largo retraso con el que había comenzado la conferencia. Muchos ya lo conocían, otros lo escuchaban por primera vez. Al cabo de cinco minutos todos habían entendido que no se trataba del habitual discurso de los asiduos al mundo sanitario. Les había atraído el título del encuentro: «El paciente. Una persona antes que un enfermo». Muchos de ellos, sobre todo los que no lo conocían, imaginaban que escucharían un análisis técnico salpicado de alguna consideración ética.

A lo sumo, pensaban que el conferenciante habría retomado y profundizado en los conceptos que aquella misma mañana Enzo Biagi había resaltado en la primera

página del *Corriere della Sera*¹, dedicando al «absurdo choque entre togas y médicos» un editorial con el título: «Y el paciente está en el medio». También aquel viernes 12 de marzo de 1999, como venía sucediendo desde hacía años cada día en Italia, todo se reducía a desencuentros judiciales y cuestiones éticas. Esta vez los médicos estaban en medio a causa de una de las muchas investigaciones de aquel periodo. «No creo que la Medicina y el Periodismo sean ‘misiones’», escribía Biagi, «más bien, se trata de profesiones que se asientan en una ética. No mentir, respetar los hechos, y recordar el juramento hipocrático que dice así: observar el cuerpo, elaborar un diagnóstico e indicar una terapia. Y —yo añado— entregar el justificante de la factura».

Palabras que encarnaban el espíritu de los tiempos: Hipócrates y las facturas. Eran reflexiones justas, correctas. Sin embargo, no eran suficientes para el ponente que estaba en el estrado aquella noche, no le bastaban para darle las razones de su trabajo y de su vida. En ese momento, la mano derecha subía a la altura de sus ojos, como si quisiera sostener en el aire el peso de lo que estaba diciendo. La izquierda se preparaba para dar un refuerzo, uniéndose en un acto simétrico que creaba casi el efecto de un gesto de ofrecimiento. A lo largo de la jornada, antes de llegar al centro de convenciones, esas manos habían entrado en el cuerpo de tres seres humanos. Habían acompañado a bisturís e instrumentos del oficio en busca de ángulos del aparato digestivo en los que indagar, explorar y reparar. Se habían movido guiadas por casi tres años de estudio y experiencia, de maestros de los cuales habían aprendido, de estancias en el extranjero y técnicas desarrolladas con sus compañeros.

Aquella mañana había operado en su servicio del hospital Policlínico Sant'Orsola-Malpighi de Bolonia y durante la primera hora de la tarde había realizado una segunda intervención no especialmente compleja. «Inmediatamente después, había realizado una tercera intervención a una paciente que le habían derivado con una grave lesión quística en el lóbulo izquierdo del hígado», recuerda su amigo Raffaele Bisulli, director de la clínica privada San Lorenzino de Cesena, remontándose con la memoria a aquel viernes de hace más de veinte años. La operación se había alargado, siguiendo la decisión de llevar a cabo una intervención más radical de lo previsto. «Realizó una intervención perfecta, fueron tres horas y media de trabajo. Mientras tanto, se había hecho tarde para llegar al encuentro que yo había organizado en la Caja de Ahorros. Nada más terminar, salimos corriendo hacia Cesena».

Ahora estaba ahí, hablando sobre las cosas que más le apremiaban, y no podía dejar que el cansancio lo frenara. Nunca había dejado que fuera un obstáculo, no concedía que impusiera límites o frenos a la necesidad de vivir intensamente la realidad en su totalidad. Las tres intervenciones quirúrgicas del día habían sido, como siempre, tan solo una parte de las miles de cosas que había realizado. Al amanecer, probablemente habría leído el editorial de su homónimo, Enzo Biagi, del mismo modo en que habría leído y profundizado en el resto de noticias del mundo que seguía con una terca atención. Se había actualizado en la guerra de Kosovo, que iba de mal en peor y parecía dirigirse hacia una guerra abierta entre la OTAN y Slobodan Milošević. Había hablado de ello con los amigos del modo en que lo discutía todo, encendiendo y agitando en el aire el enésimo puro. Y para el resto del día, entre

una operación en el abdomen y otra, había llamado a decenas de personas, compartiendo los problemas y las alegrías de la cantidad de gente para la cual era un punto de referencia. Había llamado a Fiorisa, a su casa (en Módena), para saber cómo estaban ella y los hijos. Había perseguido a los médicos de su equipo del Sant'Orsola para estar al tanto de la situación detallada de cada uno de sus pacientes. Había preparado los apuntes para una conferencia que tendría al día siguiente, sábado, en Lecce. En definitiva, un día normal como tantos otros. Vivía todos a este ritmo.

Y, en ese instante, ayudado de sus manos de cirujano, alzando el tono de voz, levantando nerviosamente las mangas de la camisa, desabrochando la correa de piel del reloj de su mano izquierda para apoyarlo sobre la mesa, Enzo Piccinini, una vez más, quería decir a todos —porque él vivía así— que «el problema es la unidad de mi vida. ¿Cómo puede mantenerse unida mi vida entre la casa y el hospital, con mi mujer, con la gente que me quiere y la que no me quiere? ¿Qué tiene que ver con las mañanas en las que voy a trabajar y me encuentro ese ambiente tan tenso, donde uno se siente mal solo de verlo? ¿O qué tiene que ver con ciertos tratos injustos que puedes recibir de la estructura o de los compañeros? ¿Cómo puede mantenerse unida mi vida? Este es el punto más importante para cada uno de nosotros, tanto en la enfermedad como en el estar bien. ¿Cómo puede estar unida, ser la misma vida?».

Entonces, las manos enmarcaron el punto que quería subrayar. Subió el tono de voz, no quedaba rastro de cansancio. Incluso la típica arruga de la frente situada entre los ojos se marcaba por la pasión y la necesidad de subrayar la importancia de aquellas palabras, que,

impacientes, querían salir de su boca: «La unidad de la vida es lo más importante del mundo, no podemos estar divididos, no podemos estar fraccionados, no es un mosaico de situaciones. Pero, ¿cómo es posible que la vida esté unida con su deseo de felicidad ineludible? Es la frase que usaré siempre, que no dejaré jamás de usar: la vida está unida si uno pone el corazón en lo que hace».

Así era, lo había dicho: «La vida está unida si uno pone el corazón en lo que hace». En una frase explicaba todo lo que había dicho previamente, desde que se había sentado en la sala de convenciones, con casi una hora de retraso por haber estado poniendo en la operación todo el corazón, no solo su oficio. El resto de cosas podía decir las únicamente a la luz de una experiencia vivida. No podía ser teoría, sino que llevaba a sus espaldas innumerables días como aquel, vividos sin un instante que perder. Traía a sus espaldas el trabajo que había hecho sobre sí mismo, sin rebajarse ni retirarse nunca. Era un camino cumplido, una búsqueda incansable que había comenzado tiempo atrás, desde la educación católica recibida en la familia, abandonada por Marx y la extrema izquierda, y que después había recuperado. Era el recorrido de una vida que podría haber terminado en la clandestinidad armada, como había sucedido con algunos que había conocido de joven. En cambio, ¡nada más alejado de la clandestinidad! Se había convertido en un testimonio continuo, situado bajo la luz del sol, con su palabra como única arma. Detrás de esa frase había una vida entera, centenares de rostros amigos, cuarenta y ocho años vividos sin haber dejado tranquilo el corazón del que hablaba.

También había una promesa y la expectación de lo que vendría luego. Enzo solo desconocía una cosa aquella

noche: le quedaban únicamente setenta y cinco días de vida, tan llenos e intensos como el que estaba concluyendo en Cesena.

Aun habiéndolo sabido, habría insistido en los mismos aspectos irrenunciables de los que hablaba desde hacía años y que en los últimos meses se habían llenado de una urgencia que tal vez no sabía explicarse. En su mayoría, eran las cosas de las que había hablado hacía tres meses en Rímini ante miles de estudiantes universitarios ligados a la experiencia de Comunión y Liberación (CL)², en una intervención que —y esto tampoco lo podía saber— diez, veinte años después seguiría dando la vuelta al mundo a través de YouTube, subtitulada a multitud de idiomas. En este momento se dirigía a adultos de su contexto profesional. Porque lo que es verdad —estaba convencido de ello—, es verdad siempre, para cada edad. También en este caso lo había experimentado en primera persona.

«El primer ejemplo que hago siempre se refiere al momento en que comencé mi profesión», había empezado Enzo aquella noche. «Cuando terminé Medicina no sabía bien qué hacer. Tenía en mente la cirugía, pero no sabía muy bien qué hacer, de modo que fui por toda la universidad buscando a todos los cirujanos que había y al final elegí (estaba solo, no tenía mucho de dónde elegir) el que me gustaba más, independientemente de que fuera el mejor o no. Con la experiencia he entendido que habría sido mejor usar otro criterio, o, por lo menos, unir los criterios lo mejor posible. Era el cirujano que más me gustaba porque me parecía que era lo que decía ser. De modo que lo elegí a él, y, como hacen los jóvenes, estaba tan entusiasmado con mi maestro que le seguía en todo, le imitaba. Tanto es así, que tenía un tic, ¡y yo también cogí su

tic!».

Risas, aplausos. Los jóvenes de Rímini también se habían reído y aplaudido, al reconocerse en aquella descripción.

«Estaba realmente entusiasmado con él, miraba cómo resolvía los problemas, cómo trataba a la gente, y al final me daba cuenta de que yo también hacía esas cosas. Y está bien que sea así, desde un cierto punto de vista. Un día hicimos un encuentro en la universidad que yo había organizado. Había invitado a mi profesor, pero no pensé que viniera, y, sin embargo, vino. Así, en mitad del grupo de jóvenes estaba este hombre calvo. Aún recuerdo que cuando lo vi entrar, pensé: 'Este me arruina la carrera'. Me di ánimos a mí mismo, y comencé a hablar con un cuidado que nunca había tenido, calculando las palabras, sin decir palabrotas, y, al mismo tiempo, controlando con la mirada su actitud para ver si me aprobaba o no. Y él permanecía impasible. Cuando el encuentro terminó, se levantó para irse; yo le paré en la puerta, y le dije: 'Profesor, ¿qué le ha parecido?'. Y él, con la misma expresión de siempre, me miró y me dijo: 'Piccinini, son cosas de jóvenes, estas cosas las hacen los jóvenes. Nosotros hemos vivido de todo, hemos tenido que descender a los compromisos, todo es un compromiso. Vosotros, los jóvenes, hacéis bien en hablar así, pero después la realidad es otra cosa, y, con el tiempo, también vosotros tendréis que descender a los compromisos, como nosotros'. Ahí se me vino abajo el ídolo... ¡y también perdí el tic!».

Más risas, más agridulces. Venía el momento de la primera estocada. El cansancio de las tres intervenciones y del largo día de trabajo se había evaporado. Enzo estaba entrando en acción, empezaba a hablar de aquello por lo que vale la pena vivir. Desde los años de bachillerato, el

resto eran para él cosas en las que uno no llegaba a comprometerse. En diciembre, durante el testimonio de Rímini, se había presentado a los miles de jóvenes con un ojo negro, que se había curado pocas horas antes en un campo de fútbol, tras el último desencuentro en lo que no podía llamarse una «pachanga entre amigos». Cada vez que entraba en el campo, el ambiente era el de una final de la Champions League.

«Es imposible que algo sea verdad únicamente para los que tienen una determinada edad», exclamó Enzo, elevando el tono de voz. «Lo que es verdad —la verdad, sea cual sea, da igual la forma en que se presente—, siempre tiene un acento que llega directamente al corazón. Otra cosa es que uno se involucre en serio en ello. La verdad siempre te provoca, pero dependiendo del espacio que le dejes puede cambiarte la vida, y, entonces, buscas algo que no te haga involucrarte demasiado. Lo que sigue siendo evidente es que la verdad llega siempre al corazón y a la mente, a nuestra libertad. Por primera vez, aquel día me di cuenta de que existe un modo de renunciar a la sensibilidad humana en nuestro trabajo, a la sensibilidad de lo verdadero. Y esto es dramático porque se pierden las ganas de luchar y de aprender. De este modo uno se convierte en un mero operario en un lugar donde el trabajo solo es frustración».

Alguno se estaba removiendo en la silla. Los médicos y enfermeros presentes en la sala percibían todo el desafío de aquellas palabras. Estaban intentando comparar su propia experiencia con lo que decía Enzo. Pero el ponente proseguía, implacable.

«El segundo ejemplo que quiero contar», retomó, «tiene que ver con el día en que me llamaron de un gran hospital

de Bari para dar una charla sobre la organización de mi unidad de Cirugía, sobre lo que hacía con mis ayudantes, enfermeros y en las consultas. Era el 'Día del enfermo'. Hablé con ímpetu, explicando por qué hacía ciertas cosas, qué decía, hablando de las dos reuniones semanales en las que aún hoy en día enseño pacientemente las cuestiones de método, la relación con el paciente y otros aspectos como la organización, el sentido del grupo o el sentido de la autoridad entendida como referencia. Al final de mi intervención, una persona tomó la palabra y me preguntó dónde había aprendido estas cosas. Es verdad que había estado en América, en Inglaterra, pero siendo sincero, ante aquel enorme auditorio de jefes de servicio y cirujanos, dije: 'Sé que suscitaré mucha perplejidad, pero lo digo igualmente: ha sido un tal don Luigi Giussani³ quien me ha enseñado a ser cirujano'. ¿Tenéis en mente una sala de conferencias? Se empezó a escuchar un gran murmullo».

Entre el público de Cesena también se comenzó a escuchar un cierto murmullo.

«Don Giussani», prosiguió Enzo, «no me ha enseñado a cortar, no me ha enseñado las técnicas, eso lo he aprendido yo. Me ha enseñado a tener una posición humana que es lo que vuelve importante y definitiva la técnica, el enfermo, lo que hago conmigo mismo. Por eso ahora, por cómo soy, puedo decir que, a nivel profesional, tengo un gusto por hacer las cosas que raramente veo en los demás. No lo digo por vanagloria, no es mérito mío, sino que me he visto involucrado en una aventura así».

Enzo, como siempre, entró a explicar episodios que sostenían lo que estaba diciendo y después pasó al tercer punto. El auditorio estaba intentando comprender los dos primeros, pero él ya estaba navegando en mar abierto.

«Un día, dando clase a los estudiantes», prosiguió, «impulsivamente los llevé a mi estudio, me puse delante de ellos y les pregunté: ‘¿por qué hacéis Medicina?’. Me miraron como si nunca lo hubieran pensado, ¡y eso que estaban en sexto! Al instante, me contestaron con las respuestas más banales: ‘Mi padre estudió Medicina, he leído tal libro...’. Escuché que algunos susurraban por lo bajini y entonces uno me dijo: ‘Disculpe, profesor, nosotros hemos venido a clase, de modo que si usted quiere continuar con estas preguntas filosóficas díganoslo, porque, si así fuera, nos vamos a casa’. Tuve que dar la clase, no tenía elección. ¿Os dais cuenta? Se censuraba cualquier tipo de pregunta acerca de la utilidad, del sentido de la finalidad en sexto de Medicina, cuando, a esas alturas, uno ya tiene al alcance de la mano lo que antes o después sirve como licencia para matar. El hecho de que uno no se pregunte por qué hace las cosas, de que no responda ante nada ni nadie, es un auténtico horror. Me di cuenta de la importancia que tenía una cierta formación en los jóvenes —que yo la había recibido en el resto de cosas—, porque tiene consecuencias hasta en cómo utilizar los instrumentos que se le dan a uno. El sentido de la finalidad es determinante para los instrumentos que se usan (yo uso muchísimos) y para la decisión que se debe tomar: ‘Paro aquí’ o ‘sigo adelante’».

Esta era una decisión que Enzo debía tomar continuamente. Había tenido que decidir pocas horas antes, ante el quiste de una paciente. «De lo contrario, ¿quién o qué decide? De la misma manera, tú decides sobre toda la vida, sobre la familia, sobre todas las cosas. Pero ahí es más decisivo aún, instante tras instante. En cambio, no responder ante nada ni nadie es una fórmula

verdaderamente dramática y absurda».

Un breve descanso. Un trago de agua. Probablemente le vendrían a la memoria muchos rostros amigos, compañeros de camino. Veinte años de movimiento entre Bolonia y el resto del mundo, siempre intentando volver por la noche a dormir a casa, a Módena, donde lo esperaban Fiorisa y los niños. Pero nunca eludía las peticiones, los desafíos o el sufrimiento. «Si pienso en mí mismo», retomó Enzo, en voz más baja, «hay algunas cosas que me impresionan profundamente. Yo tengo que ver con la enfermedad, con el hombre enfermo, con el dolor, con la muerte. Esta es la expresión básica del límite del hombre. La enfermedad, el sufrimiento, el dolor y la muerte son la expresión básica y, a la vez, más aguda del límite del hombre, del hecho de que el hombre es limitado. Y esto no puede sustraerse jamás de la conciencia que tenemos sobre nuestra vida».

Las manos volvían a moverse agitadamente, volvía a alzar el tono de voz, convertido casi en un grito.

«¡El hecho de que voy a morir es verdad, el hecho de que vosotros 'morís' es verdad! Esta conciencia implica en sí misma una seriedad en la vida. Se trata precisamente de que la conciencia tiene un límite, y que, si este límite entra dentro de la conciencia normal de nuestras relaciones, determina inmediatamente una capacidad de relación que sería imposible de otra manera. Es el sentido del límite lo que te sitúa ante otro hombre, lo que os une inmediatamente, aunque no piense como tú, aunque no entienda, aunque no te mire siquiera. Al igual que él, tú también eres alguien que necesita y, para ser tú mismo, tú también necesitas. La enfermedad, el dolor y la muerte son el signo que más me recuerda que el hombre tiene un límite y que la vida humana no puede darse fuera de esta

conciencia. Parecería una extraña condena, pero, tomada en serio, en las relaciones determina inmediatamente una apertura y una capacidad que de otro modo serían imposibles».

Había quien giraba el panfleto de la invitación a la charla y volvía a leer el título: «El paciente. Una persona antes que un enfermo». El que pensaba que había ido a presenciar un debate sobre las empresas sanitarias locales y la política del hospital se sentía desconcertado, sorprendido, pero no podía negar una cierta curiosidad ante aquel cirujano del Sant'Orsola del que había escuchado decir que era un «tipo un tanto peculiar».

Enzo sabía lo que estaba provocando, imaginaba las preguntas y las objeciones, pero esto no le detenía ni un instante. Quería incidir en lo que le importaba de verdad. «Si yo os miro y vuelvo a escuchar lo que he dicho», continuó, «entiendo que estamos aquí juntos 'por casualidad', no porque pensemos todos del mismo modo, sino porque todos estamos necesitados por igual. Hablar de esto en el trabajo y cuando estamos con nuestros pacientes es decisivo. ¡Qué tipo de paciencia surge a partir de ahí! ¡Qué renacer continuo vuelve a darse a partir de ahí!».

Comenzó a gritar con ese tono de voz, con la gestualidad, las inflexiones y pausas que había asimilado por ósmosis de don Giussani al escucharle hablar, imitándolo como había hecho con su primer maestro cuando era joven, el jefe de servicio calvo que después le había desilusionado. Enzo había pasado su vida buscando maestros de los que aprender a ser cada vez mejor cirujano. No obstante, quien le había enseñado un método de verdad, como decía él, había sido aquel sacerdote de Brianza.

«¡No es necesario teorizar sobre la atención que hay que

ofrecer al paciente!, ¡uno lo hace porque le sale de dentro! Este es un agudo sentido cristiano de la vida y para mí 'cristiano' significa 'humano'; esta es la razón por la que estoy en el cristianismo. De lo contrario, no sería cristiano ni por asomo (y no es que no haya tenido alternativas). Si he elegido este estilo de vida es porque he visto su conveniencia».

Enzo recordó que los cristianos inventaron los hospitales por esta razón. Porque tenían este sentido de la enfermedad y del dolor, considerados como límites normales de la vida de los que había que responsabilizarse. «Los hospitales», explicó efusivamente ante un auditorio de médicos y enfermeros que pasaban los días combatiendo contra la muerte, «nacieron no tanto para curar a la gente, sino para atender a los incurables. No se hicieron para los que te dan satisfacción porque se curan, sino para los que son acompañados a morir».

«¿Por qué? Porque los cristianos no tienen miedo del límite, y justo por eso, lo comparten y lo llevan consigo. En cambio, es impresionante cómo en nuestros hospitales se ha renunciado a esto. El cristiano, en vez de escandalizarse del límite, lo abraza. De hecho, el tema de los incurables es lo que más impresiona cuando alguien los toma en serio».

En ese instante todos estaban convencidos de que se trataba de un viernes como pocos en su vida. Tal vez, como ningún otro. Un viernes que recordarían para siempre, yendo de camino, en el quirófano o en casa con la familia. Sobre todo, en los momentos más difíciles, cuando se necesitase encontrar un sentido a las cosas que les dejaran fuera de juego. Enzo les había sacado de su zona de confort de la medicina, conduciéndoles a terrenos que todos habían intentado evitar durante los años de estudio en la

universidad.

En cambio, en aquel terreno no retrocedía ni un milímetro: «Yo no tengo el problema de ayudar a la gente que veo morir. El problema es vivir siendo conscientes de que la muerte existe. Recuerdo que una vez vino un hombre al que ya le había operado de cáncer de páncreas en otro hospital. Era un hombre de una dureza impresionante. Fue su hija quien me pidió que interviniera. Era necesario hacer una pancreatectomía total, una intervención muy peligrosa. Cité al paciente y se lo dije. Él aceptó y yo le dije que se fuera a casa, hiciese el testamento y luego volviese. Y añadí: 'Sepa una cosa: desde ahora en adelante yo estaré con usted, sean cuales sean las consecuencias'. Tan solo vivió ocho meses más, pero al menos no murió con dolores de cáncer de páncreas. Hasta el último momento estuve yendo a su casa, y al final, la mujer y los hijos me pidieron que le dijese lo que le esperaba. De modo que le dije: 'Mire, las cosas se han complicado mucho, puede que pase de todo de un momento a otro. Conviene que se prepare'. Él me miró por un instante con enfado. Luego, se conmovió y me dijo: 'Fíjese, somos como aquellas gotas de agua en la ventana. Mientras el hilo está, aguantamos, pero cuando el hilo se separa, estamos acabados'. Yo le respondí: 'Solo hay algo que sostiene el hilo de agua: Uno que nos ama. Volver a Él no es algo malo. Pero después haga lo que quiera'. Él se echó a llorar, más tarde se confesó y comulgó. Murió dos o tres días más tarde».

Pausa.

«Es necesario vivir siendo conscientes de que la muerte existe y tomarse en serio hasta el fondo a quien se tiene delante. Porque no hay nada tan tremendo como alguien

que tiene cáncer y no puede hacer una experiencia humana en su situación. Es terrible no poder experimentar algo así en estas situaciones, y a día de hoy no hay nada más trágico que esto».

Tomar en serio aquella experiencia. No limitarse a afrontar una enfermedad, sino estar ante el enfermo y su familia como un hombre. Exactamente lo opuesto de lo que se les había enseñado a muchos de los presentes. «Nosotros tenemos una responsabilidad en esto, no podemos ser simplemente gente que hace bien su trabajo. ¡Imposible! Porque esta seriedad se introduce por el hecho de que uno responde de lo que hace ante algo y alguien, en vez de hacer lo que le apetece».

De aquí nacían las preguntas sobre qué es lo que urge por la mañana cuando uno va al trabajo. Surgían preguntas sobre cómo no vivir una experiencia fragmentada entre la casa, los afectos, el trabajo y el descanso. Emergía la pregunta sobre la que Enzo seguía insistiendo, aquella noche y siempre: la unidad de la persona, que pide poner todo el corazón en lo que se hace. Pero no bastaba. En efecto, la cosa no acababa ahí, con una simple exhortación.

«Para realizar esto se necesita algo más grande que uno mismo en la vida ante lo que responder. En caso contrario, el cálculo de lo que te reconocen o no, del éxito ante ciertas empresas, mata cualquier tipo de deseo de felicidad. Se necesita algo más grande, algo por lo cual, hasta las situaciones que no entiendes, adquieren un sentido. Se necesita algo más grande, por lo cual puedes llegar a admitir incluso que no entiendes, que las cosas pueden llegar a ir como no quieres. Se necesita algo más grande para ser libres. La vida no está en nuestras manos, yo no me hago a mí mismo: reconozco que hay algo más grande

que yo y empiezo a admitir que puedo no entender, pero que incluso lo que no comprendo tiene un sentido».

A pesar de todo, ni siquiera esto era suficiente. Porque uno podría poner en juego todo el corazón en lo que hace y tener la conciencia de que algo más grande le acompaña, pero después, en planta uno está solo con el enfermo terminal, se encuentra solo y no es suficiente. No puede resistir. Hasta el más dispuesto y el más «inspirado» podrían aguantar un poco, pero después se derrumban. Enzo lo sabía, había vivido todo esto en su propia piel, lo había entendido y repetía allá donde fuera —también aquella noche en Cesena—, que era necesario algo más: «Es la última condición: es necesario no estar solo».

Era tarde, todavía tenía que cenar con los amigos de Cesena y, luego, volver a su casa, en Módena. Había que concluir, pero no podía ser breve, no podía saltarse ese paso decisivo.

«Se necesita un punto de apoyo. Sin una pertenencia o un referente —gracias al cual tu ‘yo’ deja de ser solo un ‘yo’ vagabundo y a la deriva, sino que hunde sus raíces en unos rostros, unas personas y en una historia—, uno no lo consigue. En última instancia, lo que se necesita es no estar solo. Seamos médicos o no, esta es la cuestión más decisiva. Porque de esta manera uno no pierde las ganas de luchar. Y con el tiempo, poco a poco, os aseguro que el gusto no se le niega al que se equivoca. En cambio, se le arrebató al que no tiene un sentido de Misterio en su propia vida, es decir, un sentido de algo más grande, que está presente, una compañía, un grupo, una amistad verdadera a la que pertenece».

Quien lo conocía intuía de qué estaba hablando. Aquellos que lo habían conocido aquella noche se preguntaban por

esa experiencia humana que permitía exponerse de aquella forma a un profesional de la medicina. Todos, indistintamente, le observaron bajar del palco deseando para sí mismos la mirada y el juicio que acababan de ver en él.

Lo entretuvieron durante un buen rato haciéndole preguntas. Querían saber más.